

SOBRE LA POLÍTICA DE ALIANZAS

Problemas en torno a la constitución de un polo libertario de lucha

*José Antonio Gutiérrez
11 de Diciembre del 2007*

Este artículo surge de la necesidad de retomar ciertas discusiones que dejamos botadas a fines de los '90 en nuestro afán de construir una alternativa anarco-comunista. Creo que en ese afán dejamos muchas discusiones a medias, dejamos muchos argumentos sin plantear, lo cual hoy significa que quizás muchas de las cosas que nosotros creíamos superadas y absolutamente claras, quizás, no lo estaban tanto. Creo necesario, por tanto, retomar algunas de esas discusiones que, por básicas que puedan parecer, no son menos importantes. De hecho, este mismo artículo encontró su esqueleto original como respuesta –a uno de nuestros “cercanos”– en un debate respecto a la actitud que los libertarios debíamos tener ante la izquierda “autoritaria”.

Retomamos estas discusiones no con los mismos argumentos que quizás lo hubiéramos hecho hace una década, aunque el espíritu siga siendo el mismo. En estos diez años hemos hecho algunos avances, quizás no tantos como quisiéramos, pero ahí están. Armados con nuestros aciertos y, sobretudo, con nuestros desaciertos y errores a cuestas, es que retomamos estas discusiones. Con todo, hemos aprendido y ganado en experiencia.

Creo que el asunto de las alianzas rara vez recibe la atención que requiere por parte de los medios libertarios. Como muchos otros aspectos aún insuficientes en nuestro movimiento, las alianzas son algo que ocurre o no ocurre, dejando rara vez registro del por qué se tomaron ciertas decisiones y no otras. Sucede, entonces, que las generaciones militantes más nuevas se ven forzadas a dejarse guiar por sus propias intuiciones cuando se trata de este aspecto. Eso nos pasó a nosotros, y en base a esas experiencias, de las que hubo buenas y malas, pudimos sacar algunas conclusiones.

Por ello consideré necesario escribir un pequeño documento sobre este tema. Pero al poco escribir, me di cuenta que era imposible tratar la cuestión de las alianzas sin tratar al menos tres otros asuntos que interactúan íntimamente con él: el

problema del fortalecimiento interno del movimiento y su programa revolucionario; el problema de la hegemonía política en el movimiento popular en su sentido más amplio; y el problema de la crítica y la auto-crítica. Entiéndase, por tanto, este breve documento como un aporte más a la cuestión de las tácticas y estrategias del movimiento, con un énfasis en el problema de las alianzas.

I.

Uno de los aspectos más débiles del anarquismo, en general, es cuando se trata la cuestión de las alianzas políticas. Yo me inclino a creer que una política de alianzas correcta requiere, primordialmente, una visión programática sólida por parte del movimiento anarquista. Un programa revolucionario no es solamente una acertada e incisiva crítica del Capitalismo y del Estado; es, además, el cómo esa crítica es aplicada a una situación histórica concreta y cómo ésta se traduce en un conjunto constructivo de propuestas para superar las contradicciones existentes que plagan una determinada sociedad.

La carencia de tal programa y de tal análisis deja al anarquismo como un actor débil ante el curso de los eventos (como una buena idea, pero imposible en la práctica), a la vez que nos impide convertirnos en alternativa para conquistar el corazón del pueblo en lucha. Esta inhabilidad para convertirnos en alternativa en derecho propio, reflejada en la ausencia de programa revolucionario, significa que terminamos definiendo nuestras políticas en función a “terceros” –frecuentemente, los partidos más numerosos de la izquierda- sea por cercanía o rechazo[1]. Y esta debilidad es lo que se encuentra subyacente a nuestra inepta política de alianzas que, con frecuencia, consiste en dos posturas maniqueístas: o rechazamos trabajar del todo con otros grupos de izquierda o nos convertimos en sus incondicionales hinchas.

Sabemos que los anarquistas no harán la revolución solos. Y sabemos también que nuestra teoría política nos distingue del resto del movimiento revolucionario: no podemos esperar que otras corrientes de izquierda, que con toda seguridad estarán presentes en la lucha y en los procesos de cambio, piensen y actúen como anarquistas; afirmar tal cosa hace que la organización de los anarquistas, y hasta la misma definición del anarquismo, sea redundante. Como ya lo he dicho anteriormente[2], el rol de los anarquistas en el movimiento

revolucionario es insustituible y si nosotros no impulsamos nuestro programa, nadie más lo hará –aunque haya en ocasiones sectores del movimiento popular que se acerquen espontáneamente a nuestras posiciones, o que desarrollen lineamientos políticos similares, el anarquismo tiene una responsabilidad en cuanto depositario específico de una serie de experiencias, contenidos y reflexiones que se deben traducir en un programa de acción concreto.

II.

Frecuentemente, los anarquistas, estaremos en medio de un movimiento popular, revolucionario o de lucha, que en su inmensa mayoría no se planteará la destrucción del Estado y que, derechamente, se planteará su conquista. Frecuentemente, estamos en medio de una clase trabajadora que muchas veces no se plantea más que el cambio de gobierno como solución última a su situación. Podemos, entonces, adoptar dos posturas frente a esta cuestión: la primera, es **asumir una posición elitista y rechazar todo contacto con esos trabajadores y con esos sectores del movimiento popular, para no mancillar nuestro immaculado movimiento**. Esto, en realidad, no es una posición política sino de carácter cuasi-religioso, que en lugar de favorecer la acción, en el mejor de los casos, la paraliza en favor del resguardo de la fe. Y en el peor de los casos, la vuelca al nocivo sectarismo.

El sectarismo es la incapacidad de tolerar posiciones teóricas o prácticas diferentes a las propias. El sectarismo se caracteriza por la ignorancia tanto de las ideas ajenas como de las propias[3], así como por la nula voluntad de transformar la sociedad. La política la entienden los sectarios como una cuestión identitaria, pandillesca, como el seguimiento de algún club de fútbol y no como una actividad transformadora de la realidad. El sectarismo se caracteriza por el “estrabismo político”, es decir, por su incapacidad de reconocer al enemigo político o de clase. El sectarismo también se caracteriza por la “miopía política” que le impide distinguir las diferencias que son esenciales de las que no lo son. En los casos patológicos más extremos, el sectarismo se alimenta en el complejo de inferioridad, en la obsesión y fijación con lo que los demás hacen o dicen[4], en una acomplexada arrogancia y vanidad, y en una actitud de plano amargada ante la existencia.

El sectario es incapaz de reconocer los méritos ajenos y carece de la inteligencia o del criterio para discernir en una

discusión en qué está de acuerdo o en qué discrepa: su actitud es de aceptación absoluta o de rechazo absoluto. El sectario carece de honestidad y sentido crítico para debatir, y se limita a denunciar y a caer en diálogos de sordos. Por lo general, la visión de mundo del sectario es tan rígida, tan inflexible, tan fanática, tan amargada, tan indeseable y poco atractiva que más se dedican a espantar al pueblo que a atraerlo a la causa revolucionaria. En ciertos círculos anarquistas, estúpidamente, se ensalza al sectarismo como una virtud y hasta casi le han convertido en un “principio fundamental” del anarquismo. Pero el sectarismo es de espíritu autoritario y nada tiene de libertario.

Respecto al sectarismo hacia otros movimientos nos dice Luigi Fabbri: *“Aquellos partidos, que aspiran al poder, cuando a él lleguen indudablemente serán enemigos de los anarquistas pero como esto está aún lejos de ser, como que su intención puede ser buena y muchos males de los que quieren eliminar también quisiéramos verlos nosotros suprimidos, y como que tenemos muchos enemigos comunes y en común tengamos que librar tal vez más de una batalla, es inútil, cuando no perjudicial, tratarles violentamente, dado que por ahora lo que nos divide es una diferencia de opinión, y tratar violentamente a alguno porque no piense u obra como nosotros es una prepotencia, es un acto antisocial (...) Ciertamente que muchas doctrinas tuyas son erróneas, pero para demostrar su error no son necesarios los insultos; algunos de sus métodos son nocivos a la causa revolucionaria, pero obrando nosotros diferentemente y propagando con el ejemplo y la demostración razonada les enseñaremos que nuestros métodos son mejores”*[5].

El sectarismo es dañino y perjudicial. Ejemplos históricos abundan: en Chile, después del golpe de Pinochet, la primera reacción del PC fue culpar del golpe a los “ultra-izquierdistas” (al MIR) a quienes llegó a catalogar de “caballos de Troya del imperialismo”; ciertos maoístas apoyaron al golpe a Chávez el 2002 y hoy vitorean entusiastas las movilizaciones derechistas en Sucre y en todo Bolivia, llegando al señalamiento de masistas e izquierdistas; en Chile, vergonzosamente, un par de anarquistas, muy minoritarios, aplaudieron el golpe de Pinochet que derrocó al “régimen marxista”, mientras sus compañeros más consecuentes eran perseguidos o participaban en la débil resistencia; otros anarquistas en Argentina apoyaron el golpe militar que derrocó a Perón; y más recientemente, recordamos el 1º de mayo del 2003 en Chile en que anarquistas y comunistas

terminaron yendo a las manos en un bochornoso incidente, mientras la policía, a río revuelto, hacía ganancia de pescadores. El movimiento anarquista alemán, dividido entre las corrientes de Joseph Peukert y Johann Most durante el siglo XIX, vio uno de los episodios más tristes de la historia de su sectarismo cuando Peukert delató a la policía a Johann Neve, militante alemán en la clandestinidad de *Freiheit*, el grupo de Most, muriendo más tarde en las cárceles prusianas[6]. El sectarismo está lleno de historias de delación en su ceguera fanática. Es necesario recordar esta historia de afrentas para tener siempre presente a lo que lleva el sectarismo.

La segunda posición es **asumir las diferencias y, pese a ellas, decidirse a trabajar con esos sectores para el cambio social**. Es quien asume esta segunda posición quien debe, necesariamente, plantearse el problema de qué es una política de alianzas correcta. Pues no podemos tampoco convertirnos en hinchas incondicionales de una izquierda que dista mucho de pensar como nosotros, ni convertirnos en el fiel seguidor de las “masas”. Debemos ser capaces de confluir ahí donde se deba con el resto del movimiento revolucionario, pero como anarquistas. Siempre como anarquistas, siempre agitando nuestro programa, siempre agitando nuestras banderas, siempre conservando el derecho a la crítica madura y constructiva ante el desacuerdo. Y también siempre manteniendo en mente que, en cuanto anarquistas, representamos a un sector específico del pueblo, tanto como otros sectores políticos también representan a un sector y a tendencias en el seno del pueblo. Sostener que los anarquistas son el único sector legítimamente representativo del pueblo, es sinónimo de elitismo y es una opinión que no es en nada mejor a la teoría leninista del partido único[7].

III.

El otro problema, entonces, que se liga al problema de las alianzas, es cómo nosotros logramos generar una cierta hegemonía libertaria en el movimiento popular; cómo logramos que nuestro polo anti-autoritario pese más y determine mayormente el desenlace de los eventos que el polo autoritario. Pues debemos recordar que el pueblo ni es “libertario” por naturaleza, ni es “autoritario” tampoco. Ambas tendencias existen a la par en el seno de la clase trabajadora, y han encontrado su expresión política más o menos decantada en la izquierda jacobina y en la izquierda libertaria. Trabajar el tema de las alianzas, por tanto, sin

prestar suficiente atención al problema de la hegemonía en el seno del pueblo, es haber realizado una labor incompleta, es haber empezado bien una tarea pero no saber cómo concluirla.

IV.

Como ya hemos dicho anteriormente, toda esta cuestión se vincula al problema del programa, pues para poder establecer alianzas en las cuales seamos un actor en derecho propio, debemos ser un actor fortalecido, con visión, con propuestas, con una táctica y con una estrategia clara. Debemos articular muy bien nuestro pensamiento, con los problemas actuales y con la salida que queremos. Eso es el alma de un programa revolucionario. A su vez, si queremos ser un factor de peso en el movimiento popular, más allá del espectro de nuestras alianzas, también debemos aparecer bien armados de análisis, de propuestas y de un método y un estilo de trabajo social acertados. Para todo esto, también, se precisa de un programa y no tan sólo de vagas consignas o de teoría abstracta.

Es, entonces, la cuestión del programa la que debemos haber resuelto, al menos en términos gruesos y generales, antes de pensar en alianzas. Pues para saber con quién y cómo unimos, transitoria o permanentemente, debemos saber para qué queremos hacerlo y eso solo es posible si se sabe con toda certeza qué es lo que concretamente se quiere –de esto último también depende la influencia que logremos alcanzar en el movimiento de masas: de nuestra claridad política y de cuán acertada sea nuestra política.

V.

Las debilidades internas del anarquismo son el principal talón de Aquiles que debiéramos intentar superar si queremos ser un actor de peso en las luchas sociales y desarrollar así un programa político que pueda aglutinar a sectores importantes del pueblo y dar golpes de alguna importancia al sistema imperante. Requerimos menos auto-complacencia y más auto-crítica. Esto era expresado, elocuentemente, por los compañeros del Grupo *Dielo Truda*, de ex-veteranos de la insurgencia makhnovista en Ucrania, quienes analizando el fracaso del anarquismo en la Revolución Rusa y el surgimiento de la dictadura leninista plantearon que:

“Hemos adquirido el hábito de culpar del fracaso del movimiento anarquista en Rusia entre 1917-1919, a la represión estatal del Partido Bolchevique. Lo cual es un

grave error. La represión Bolchevique dificultó la expansión del movimiento anarquista durante la revolución, pero fue sólo uno de los obstáculos. Mas bien, fue la ineffectividad interna del propio movimiento anarquista una de las principales causas de este fracaso, una ineffectividad emanada de la vaguedad y de la indecisión que caracterizaron a sus principales posiciones políticas respecto a organización y tácticas (Esperamos demostrar y desarrollar esta opinión en un estudio separado, adjuntando datos y documentos de prueba).

El anarquismo carecía de una opinión firme, enérgica y oportuna ante los principales problemas que enfrentaba la Revolución Social, opiniones que eran necesarias para satisfacer a las masas que hacían la Revolución. Los Anarquistas llamaban a tomarse las fábricas, pero no tenían una noción homogénea y bien definida sobre la nueva producción y su estructura. Los anarquistas favorecían la consigna comunista: 'De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades', pero nunca se molestaron en aplicar este concepto a la vida real. Es así como permitieron que elementos sospechosos transformaran este gran principio en una caricatura del anarquismo (Debemos recordar como muchos estafadores se aferraron a este principio como un medio de obtener bienes colectivos, durante la revolución, en provecho propio). Los Anarquistas hablaban mucho de la actividad revolucionaria de los mismos trabajadores, pero fueron incapaces de dirigir a las masas, aunque más no fuera rudimentariamente, hacia las formas que tal actividad debiera asumir: se demostraron incapaces de regular las relaciones recíprocas entre las masas y su centro ideológico. Incitaban a las masas a sacudirse del yugo de la Autoridad: pero no indicaban cómo las ganancias de la Revolución se habrían de consolidar y defender. Carecían de opiniones claramente definidas y de políticas de acción específicas con respecto a muchos otros problemas. Lo cual los alienó de las actividades de las masas y los condenó a la impotencia social e histórica.

En esto debemos ver la principal causa de su fracaso en la Revolución Rusa. Nosotros, los anarquistas rusos que vivimos la prueba de fuego revolucionaria entre 1905 y 1917, no tenemos la menor duda respecto a ello. La obviedad de la ineffectividad interna del anarquismo nos ha compelido a buscar fórmulas para alcanzar el triunfo. En veinte años de experiencia, de actividad revolucionaria, veinte años de esfuerzos en las filas anarquistas, y de esfuerzos que no

consiguieron nada sino fracasos del anarquismo en cuanto movimiento organizador: todo esto nos ha convencido de la necesidad de un nuevo partido-organización anarquista que cubra amplios sectores, arraigado en una teoría, una política y una táctica común.”[8]

Pero esta opinión no era solamente compartida por los redactores de la “Plataforma”, del grupo *Dielo Truda*. Los anarcosindicalistas rusos no se expresaban en términos muy diferentes:

“Nosotros, los anarquistas y sindicalistas –de hecho, todos quienes creen que la liberación de los trabajadores es la obra de los trabajadores mismos- estábamos demasiado pobremente organizados y éramos demasiado débiles para mantener la revolución en un curso derecho hacia el socialismo. No es necesario decir que el socialismo no caerá del cielo, y que una sola concepción del socialismo no es suficiente.

(...)Había una necesidad urgente de organización sistemática y de coordinación de actividades. La Revolución las buscó, pero demasiado pocos elementos estaban concientes de la necesidad y de la posibilidad de la organización federalista. Y la Revolución, no encontrándola, se arrojó a los brazos del viejo tirano, del poder centralizado, que ahora ahoga su respiro vital. Nosotros estábamos demasiado desorganizados, éramos demasiado débiles, y por esto, hemos permitido que esto haya ocurrido”[9].

Este artículo es escrito por M. Sergven en el periódico anarco-sindicalista ruso *Vol'nyi Golos Truda* de septiembre de 1918. Este, según el historiador Paul Avrich, no sería ni más ni menos que un seudónimo de Grigori P. Maximov, alguien que estaba ciertamente muy lejos de las tesis de los Plataformistas. Es muy significativo que tanto los Plataformistas, como Maximov desde el anarcosindicalismo, hayan compartido un análisis similar acerca de las causas de la debilidad del anarquismo ruso, así como de su derrota, independientemente que hayan optado por soluciones diferentes para esa debilidad. Esta auto-crítica está muy lejos de la auto-complacencia que en las décadas posteriores se volviera la norma en nuestros círculos libertarios[10].

VI.

Aún hoy nos hemos acostumbrado a culpar de nuestras

derrotas a los autoritarios, a los burócratas, a los reformistas, y nos lavamos así las manos de las responsabilidades que a nosotros mismos nos caben por no haber sido capaces de dar una orientación diferente a los movimientos. Debemos, antes de ser críticos, ser auto-críticos. Pues si no somos capaces de reconocer la parte de responsabilidad que nos cabe primeramente a nosotros, significa que no seremos capaces de aprender las lecciones que a nosotros nos tocan para poder avanzar. Pero también significa que asumimos nuestra impotencia y nuestra irrelevancia en las luchas populares. Pues, si la culpa siempre es de otros, estamos asumiendo que nuestra presencia, en cuanto anarquistas, no hace ninguna diferencia, que no tiene ningún efecto. La autocrítica, entonces, debe siempre preceder a la crítica a la hora de evaluar los fracasos y derrotas. Y la auto-complacencia, pues podemos irla arrojando por la ventana: siempre hay algo que pudimos (o podemos) hacer mejor. Negar esto no tiene nada de revolucionario y sí mucho de conservador y de reaccionario.

El hecho de que haya sido la izquierda autoritaria la cual, por lo general, haya estado mejor organizada que la libertaria y haya contado con un programa político claro, con una mejor comprensión de los problemas inmediatos de las masas oprimidas, significa que ellos han tendido a convertirse en la fuerza hegemónica en la mayoría de las experiencias revolucionarias (con las notables excepciones de Ucrania y España –y aún en el último caso, supieron imponerse política y no militarmente). Pero tal cosa no ha sido ni un hecho inevitable ni fatal.

VII.

De esto se desprende que, si queremos asegurarnos que en los movimientos revolucionarios venideros el ala libertaria del pueblo pese más que el ala autoritaria, debemos comenzar por clarificar nuestro propio programa primero, nuestras propuestas constructivas y nuestra estructura organizativa. Cuestiones para las cuales no existen recetas mágicas, aunque podamos inspirarnos y buscar guías en la experiencia y la reflexión teórica del pasado. Pero en estas experiencias o reflexiones no está, ni de cerca, la respuesta a las necesidades que la historia misma al andar nos va planteando.

VIII.

Volvamos entonces al problema de las alianzas. Hay que ser

muy claros que no existen respuestas fáciles para cuestiones como esta. Cada situación es única y debe ser analizada y estudiada como tal por los compañeros que les toque vivirlas. Es imposible tener una fórmula universal y ex-temporal sobre las alianzas, que se aplique de manera idéntica en todo lugar y momento. La política no se escribe ni con un papel calco en la mano, ni con un molde en la cabeza. Pero nuevamente, creemos que es posible encontrar ciertos lineamientos generales que es posible adaptar y que pueden ser de utilidad a otros compañeros a la hora de ponderar la cuestión de las alianzas en su respectivo trabajo de base, o en su lucha particular.

En nuestra experiencia particular de una década de trabajo, luchas y reflexión en torno a éstas, en el Chile post-dictatorial, hemos podido extraer algunas conclusiones sobre la cuestión de las alianzas que pueda ser de utilidad para compañeros en otras latitudes o momentos. Insistimos: estas son solamente algunas conclusiones, algunas reflexiones fundamentales que pueden ser de utilidad para el movimiento en general. No creemos que estos lineamientos, asaz generales, puedan ni deban ser convertidos en las tablas de Moisés. Sin embargo, queremos compartirlas en el ánimo de intercambiar experiencias con el resto del movimiento, un hábito que, quizás, debiéramos practicar más seguido para aprender los unos de los otros. Así, en el intercambio y el diálogo constructivo, podemos ir generando un movimiento con madurez y con dinamismo, que se nutra de sus experiencias (en lugar de simplemente vivirlas) y que avance de las “intuiciones compartidas” a las “reflexiones compartidas”.

El desarrollo de una correcta política de alianzas depende, en nuestra opinión y basados en nuestra experiencia, de una serie de factores, a saber:

1. Que el primer paso para una política de alianzas correcta es el **fortalecimiento interno del anarquismo**; sin un programa revolucionario, no hay posibilidad de convertirnos en un actor fuerte en medio de ningún movimiento popular. Solamente un programa propio nos convierte en alternativas, sacándonos del eterno ciclo de condenar o vitorear a terceros.
2. Que la unidad con otros sectores del movimiento popular, si bien necesaria y de primordial importancia, en virtud a que no derrotaremos solos al capitalismo, no debe ser buscada a cualquier costo; solamente entraremos en conversaciones con otras fuerzas políticas en la medida en que esto sea relevante

para avanzar nuestro propio programa y nuestras propias iniciativas. Programa e iniciativas que, lejos de ser herméticos, se retroalimentan, a su vez, constantemente de nuestra experiencia y del intercambio con otros actores del mundo popular. Por consiguiente, **las alianzas se convierten en la conclusión de nuestro propio desarrollo político y no en su punto de partida.**

3. Que la unidad de acción y la coordinación de iniciativas **no signifiquen posponer o someter a nuestro propio programa revolucionario.**

4. Que la necesaria unidad de los sectores revolucionarios no significa un “matrimonio” de por vida, sino que **tiene sentido en función de objetivos precisos, los cuales pueden ser de corto, mediano o largo plazo.** La unidad con otros sectores revolucionarios debe ser entendida, ante todo, como una unidad de acción, aunque no descartemos el compartir ciertos análisis o discusiones cuando sea pertinente.

5. Que tal unidad de los sectores revolucionarios, imprescindible para avanzar posiciones en contra del bloque dominante, **ha de ocurrir “desde abajo y en la acción”.** Desde abajo, pues solamente nos coordinaremos espacios concretos en donde efectivamente, nuestros respectivos militantes confluyan (organizaciones sindicales, por ejemplo) y, siempre y cuando, compartamos ciertos objetivos mínimos. Y en la acción, pues creemos que es la práctica concreta la cual sirve para clarificar objetivos y posiciones correctas, en vez del debate político abstracto; además, como ya hemos dicho, no nos interesan los matrimonios, sino que buscamos la unidad por las necesidades concretas de la lucha y para la obtención de ciertas victorias para el campo popular.

6. Que aún en el marco de las alianzas seamos capaces, en todo momento, de buscar ampliar nuestro marco de influencia, de lograr influenciar la política y los programas de otros sectores cuánto podamos, **buscando convertir al movimiento libertario en el polo hegemónico del movimiento popular.** Esto es sumamente importante, pues debemos comprender que aún cuando llegemos a ser una fuerza política de peso, con buenos argumentos y capacidad de movilización, nunca estaremos solos y siempre habrá otras fuerzas pugnando por impulsar ideas diferentes y hasta opuestas a las nuestras (para nosotros, en cuanto libertarios, la supresión de otras corrientes políticas no es ni siquiera una opción a tener en consideración). Lo que no significa la

renuncia a abogar por un movimiento popular y por un proyecto social desde abajo, con democracia de base, lo más libertario posible, que sea capaz de abolir el Estado de manera revolucionaria.

IX.

Ante todo, los anarquistas no podemos perder de vista el panorama general. Debemos estar claros de que, cualquier política de alianzas debe buscar, ante todo, el fortalecimiento y el crecimiento de una alternativa revolucionaria. Ni el aislamiento, ni las malas compañías sirven. Una alianza que nos genera más problemas que otra cosa no tiene ninguna razón de ser, aunque nuestros aliados se hagan llamar “revolucionarios” o “anarquistas” o lo que fuera.

Y debemos también estar claros que tal política de alianzas debe ser reflexionada a cada instante, para asegurar que sea coherente con nuestras posiciones políticas y que así sea de provecho. Estas cosas no pueden ser dejadas al azar, pues si bien nosotros podemos estar improvisando, podemos estar ciertos de que el resto de la izquierda, y mucho menos la burguesía, no estarán haciéndolo.

X.

Estas son algunas ideas básicas y algunos lineamientos muy generales sobre la política de alianzas. No tenemos mayores pretensiones en torno a ellas, salvo que sean de utilidad para otros compañeros. Y de ninguna manera representan alguna clase de sustituto para el proceso original de reflexión que a cada organización toca en cada situación particular. Cada contexto es irreplicable y único.

Pero aún ante la singularidad de cada contexto, afortunadamente, no nos toca hacer el rol de los marineros sin brújula; la historia y la teoría nos entregan apoyo y orientación. Sin embargo, no debemos olvidar que en nuestras manos está el timón y que de nosotros depende el no ir a la deriva. Ante todo, somos nosotros los responsables últimos de nuestras acciones.

[1] Esto es lo que hemos llamado anteriormente la “política satelital”, en la cual los grupos anarquistas aparecen como satélites orbitando alrededor de otros partidos o movimientos políticos.

[2] Ver “*América Latina, problemas y posibilidades para el anarquismo*” http://www.anarkismo.net/newswire.php?story_id=6230

[3] O lo que es igual, por la falta de inteligencia para comprenderlas.

[4] Cuando no en la fijación obsesiva con personas destacadas de otros movimientos o partidos.

[5] Luigi Fabbri, “*Influencias burguesas en el anarquismo*”, Ed. Solidaridad Obrera, París, 1959, pp.56-57

[6] No hay que sorprenderse, por tanto, que cuando Emma Goldman se une al grupo de Peukert en los EEUU, a sabiendas del caso Neve, Most no le vuelva a dirigir la palabra.

[7] Aún hay muchos anarquistas iluminados que cuando la clase obrera hace algo que no se ajusta a su propia visión o cuando apoyan a tal o cual partido de izquierda, sostienen que no son más que monigotes, que están manipulados, que son ignorantes. O cuando el pueblo realiza cualquier lucha que no tenga por objetivo “la revolución social universal”, entonces son unos borregos, unos resignados. En su elitismo creen que solamente el anarquismo (en su versión más purista y dogmática) es realmente representativo de los trabajadores. Esta visión demuestra incapacidad de comprender dos factores de gran relevancia para cualquier política revolucionaria acertada: primero, que la clase trabajadora, que el pueblo es sumamente complejo y es un entramado de diversas visiones e intereses que no siempre armonizan con una línea “ideológica” pura. Segundo, que la creatividad de las masas, aquel factor tan caro a una política revolucionaria y libertaria, se manifiesta aún cuando los trabajadores expresan ideas con las que no comulgamos. Debemos tratar de entender en qué medida estas ideas y acciones expresan o bien un acomodo o bien una respuesta a su condición. Y aunque estemos en desacuerdo, debemos tratar de comprender qué rol activo cumplen las masas en los procesos sociales, en vez de tratar de creer, tercamente, que sólo están en lo correcto o que actúan independientemente solamente cuando están de acuerdo con nosotros.

[8] “*Respuesta a los Confusionistas del Anarquismo*”, Grupo *Dielo Truda*, Agosto de 1927. Artículo reproducido en “*Facing the Enemy*”, Alexander Skirda, Ed. AK Press, 2002, pp.224-225.

[9] “*Los Caminos de la Revolución*”, M. Sergven, *Vol’nyi Golos Truda*, Moscú, 16 de septiembre de 1918. Artículo reproducido en “*The anarchists in the Russian Revolution*”, editado por Paul Avrich, Ed. Thames & Hudson, Londres, 1973, pp.124-125.

[10] Hoy en día encontramos, frecuentemente, anarquistas que se llenan la boca hablando sin cesar del fracaso de la izquierda latinoamericana, del marxismo, etc... Cualquiera que escuchara esto pensaría, ingenuamente, que la historia del anarquismo es, por el contrario, la historia de una serie increíble de victorias que hacen temblar a los gobernantes y capitalistas de todo el mundo. Pero hasta el anarquista más alucinado se sonrojaría de decir semejante tarugada. El insistir en el fracaso de los “otros” sin analizar primero nuestro propio fracaso, es como ver la paja en el ojo ajeno y no nos ayuda, en absoluto, a salir de los círculos marginales a que se ha confinado el anarquismo en muchos países por décadas. Si bien es cierto que de los errores y fracasos ajenos *también* se aprende, tal cosa es del todo inútil si primero no se ha aprendido de los errores y fracasos propios.